

TOL 71988

Julio Pascual, visto por su médico

Conoci a don Julio Pascual siendo yo todavía un adolescente y él ya un hombre maduro, en la plenitud de su arte. Mi padre, que era un admirador de su obra y cultivaba su amistad personal, me llevó un día a su taller, y allí, entre sus colaboradores, el ruido del hierro percutido, el calor de la fragua, chapas repujadas, balaustres, etc., fue nuestro primer contacto que me causó impresión tal, que jamás olvidé. Andando el tiempo vine a ser su médico, y como tal ayudarle en sus últimos días, y por esta circunstancia, unida a la de ser miembro, aunque indigno, de esta Academia, es por lo que hoy me encuentro ante ustedes intentando, en homenaje a su memoria, hacer una semblanza del hombre que se llamó Julio Pascual.

Todo hombre tiene algunos rasgos somáticos y psíquicos que le caracterizan y que son los que marcan su personalidad. En la somática de Julio Pascual había uno destacadísimo, y eran sus manos.

¡Qué manos, señores! Las manos de un gigante de dos metros puestas en un hombre bajo, menudo, delgado, aunque fuerte, un poco inclinado hacia adelante por el peso de los años, manos anchas y fuertes, de dedos largos y delgados. En contraste, cuando tomaba un lápiz, ¡qué agilidad, qué seguridad en el trazo!, y cuando estrechaba la nuestra, ¡qué piel más fina, qué suave y amistosa presión! Manos de gigante con delicadeza femenina. Si alguna relación hay entre la mano y la obra de un hombre, no cabe duda que la de Julio Pascual era mano predestinada para lo que hizo.

No se crea por esto que se trataba de un acromegálico. No. Nada de eso. Era un hombre absolutamente normal en todo lo demás. De salud tan firme y admirable que le permitió recorrer su larga vida sin auxilio médico alguno, llegando a esa vejez fuerte y sana en la que

todos le hemos conocido, con su dentadura natural, su pelo espeso y duro, vista aguda, oído fino, movimientos ágiles y pausados y aire bondadoso.

Pero las manos no son nada sin un espíritu que las mueva y eran aquellas las manos de un hombre que, en estos tiempos dominados dictatorialmente por la economía, cuando no se habla de ideologías ni de sentimientos, sino de inversiones, rentabilidad, productividad, oferta, consumo, riqueza..., cuando se mide la grandeza de un país por su renta «per capita», él despreció el dinero de manera tal, que habiendo trabajado tantos años, tan intensamente para toda España y para el extranjero y de haber vivido en una austeridad monacal, ha muerto pobre. Nunca le importó lo que una obra pudiera producirle económicamente, sino su belleza y perfección. Si, como dice Hipócrates, «donde no hay amor no hay arte», él, que era ante todo sensibilidad, amor y desinterés, tenía que ser un artista perfecto.

De la austeridad de su vida eran fiel reflejo las dos habitaciones en que se desarrolló. Un comedor, al que se entraba directamente desde el jardín, sitio de expansión en verano, lazo de unión con el taller en todo tiempo, y una alcoba. En el comedor, una mesa cubierta en invierno, convirtiéndola en mesa camilla, dos sillones fraileros, en uno se sentaba él y en el otro su mujer; un aparador, un trincherero siempre lleno de dibujos, una lámpara y tres o cuatro sillas para el visitante que sentarse quisiera. En la alcoba, dos camas de hierro, dos mesillas de noche, una pililla de agua bendita y una silla. De calefacción, un brasero. De refrigeración en verano, el jardín.

Mi primer contacto con él, como médico, fue asistiendo a su mujer anciana con una insuficiencia cardíaca congestiva, cuyas graves molestias quedaban disimuladas bajo una alegría infantil, conservada a pesar de los años y de los achaques; con la misma ilusión por la romería del Valle y por la Feria que en su infancia; compañera ideal para un hombre que propendía a la tristeza y al aislamiento, aunque con la mayor serenidad de espíritu que darse puede.

Su muerte, sobrellevada por don Julio con esa serenidad propia de su carácter, que en algún momento podría parecer frialdad, dejó un vacío que nunca sería llenado.

En el comedor había un sillón frailerero siempre vacío. En la alcoba ya sólo había una cama. Al poco tiempo de morir su mujer, aquel

anciano, hasta entonces sano y fuerte, empezó a precisar asistencia médica.

Su soledad le pesaba, le obsesionaba. Siempre repetía, como decía no sé quién: «Voy notando que soy viejo en que me voy quedando solo.» Soledad que no mitigaba ni la presencia de su hermano Samuel, ni las visitas de sobrinos y amigos. Creo que se hubiera encontrado solo inmerso en una multitud. Empezó a quejarse de una sensación de opresión retroesternal que le acompañó hasta la muerte. Un ahoguillo, decía él. Toda la exploración cardiovascular, normal. Toda terapéutica tendente a anular su posible trastorno con resultado negativo. Angustia producida por su soledad había que concluir. Empieza a debilitarse. Come bien, pero adelgaza. «Voy notando que soy viejo en que me voy quedando solo», repite obsesivamente uno y otro día.

Muere su hermano Samuel. Mayor soledad. Mayor debilidad. Tiene que recurrir ya al bastón para cruzar el jardín desde el comedor al taller.

Se desprende de las pocas obras que conservaba, regalándome a mí la que obtuvo la primera medalla en la exposición nacional de 1908, y como siempre: «este ahoguillo...» y el «voy notando que soy viejo en que me voy quedando solo».

Mayor debilidad. Ya no va al taller. Resuelve en el comedor las consultas que le hacen. Todavía le veo alguna vez coger un lápiz y con la máxima destreza trazar un dibujo, y, como siempre, este ahoguillo, y el soy viejo porque me voy quedando solo.

Ya no sale a nada. No viene a la Academia. Hace el cumplimiento Pascual en su casa. Empieza a molestarle todo lo que se refiere al taller y habla de traspaso, de cesión a los obreros, de cierre.

Mayor soledad. Mayor debilidad. «Esto sí que se acaba, porque estoy solo», me dice.

Y así, triste, pero sereno y apacible, como atardecer de otoño.

Poco a poco. De soledad y de vejez, se fue muriendo Julio Pascual.

A. LÓPEZ-FANDO